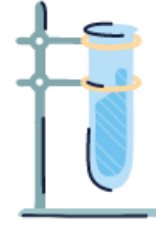


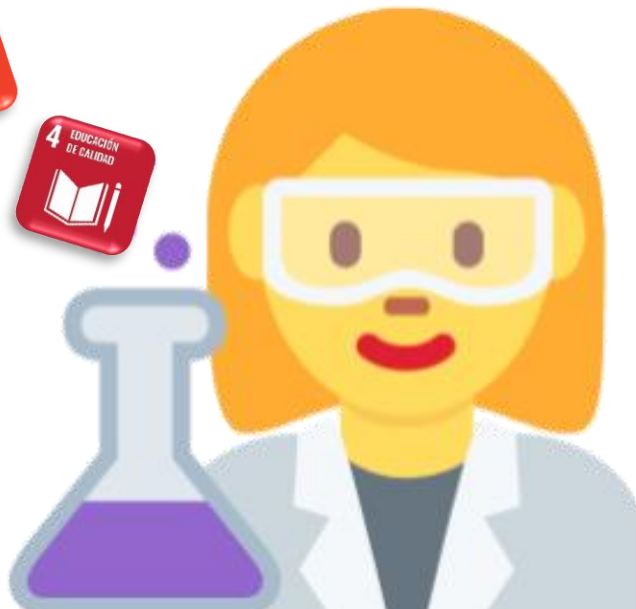
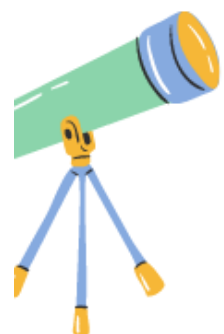
LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.



RELATO FINALISTA

CUANDO SE ESCUCHÓ NUESTRA VOZ

Adriana A. C - 11 años



Desde muy pequeña me gustó la ciencia. Estuve años intentando aprender, pero a los doce ya sabía que sería realmente difícil convertirme en la científica que yo quería. Mi padre me consolaba y me enseñaba las cosas que sabía; sin embargo, desconocía mi gran objetivo: salvar a mamá. Estaba gravemente enferma por culpa de una rarísima enfermedad a la que no encontraban cura. Y, aunque todavía podía disfrutar de ella, temía que le quedase poca vida. Todas las tardes que la veía, notaba que cada vez iba peor. Le pregunté a los médicos qué le pasaba, pero siempre respondían lo mismo: "No entiendes lo que sucede porque eres una niña". Y de esta manera, veía pasar los años, hasta que un día me harté. Cogí prestados de una biblioteca algunos libros de medicina para leerlos a escondidas, después de mis labores domésticas.

Pero mi padre me dejó antes que mi madre. A ella la dejé al cuidado de unos tíos y me decidí al fin. El siglo XIX era una época difícil para las mujeres, sobre todo para las que querían aprender ciencia. Por ello, se me ocurrió cortarme el pelo y colocarme un falso bigote sobre mi bonita faz. Al día siguiente estaba frente a las puertas de la universidad. Nadie se dio cuenta de que no era un hombre ni se percató de que mi voz sonaba un poco más aguda. A pesar de todo, hice un gran esfuerzo para cambiar mi voz cuando hablaba en clase y así pude cumplir muchos de mis sueños. Aprendí cantidad de cosas, pero seguía sin los conocimientos para salvar a mi madre, que seguía en muy mal estado. Aun así, quería hacer que mi madre se sintiera orgullosa de su única hija.

Terminé la universidad con honores. En ese momento aproveché para desvelar mi verdadera identidad. Todo el mundo se quedó atónito, mirándome. El rector de la universidad, que me acababa de entregar un importante premio, puso una cara extraña, con sorpresa, un poco de enfado, pero también con vergüenza porque tenía que reconocer que la mejor alumna era una mujer. Subí al escenario y dije en voz alta:

- Mujeres de España, si tenéis un sueño, armaos de valor y cumplidlo. Vosotras podéis, igual que los hombres, estudiar y lograr lo que queráis. Elegid lo que deseáis hacer, no lo que os obliguen. Esta vida es un milagro y hay que aprovecharla. Cada vida es única y nunca es demasiado tarde para comenzar a vivirla.

La sala donde estábamos se inundó de aplausos y, desde ese día, intenté ayudar a las mujeres a entrar en los estudios de ciencia.

Días más tarde fui al hospital y le conté la historia a mi madre. Le enseñé el periódico del día. Ahí estaba yo, sonriente. La abracé, y ella me dijo: "Me alegro de tener una hija tan especial. Puede que mi cuerpo se vaya, pero mi espíritu siempre estará en tu corazón. Solo te pido una cosa: recuérdame con cariño y sabiendo que estoy orgullosa de ti". Y así, dio su último suspiro y me dejó. Pero sus últimas palabras eran tesoros para mí. Yo me contenté con eso. Miré al cielo y prometí no defraudarla. Llevando esas palabras en mi corazón, fui a vivir mi nueva vida como investigadora científica. Años más tarde, conseguí una cura contra la enfermedad que sufrió mi madre y, aunque llegué tarde para ella, cada vez que salvaba una vida, la imaginaba en mi mente sana y feliz junto a papá.

